

La religión primitiva de los mogoles era, como casi todos los cultos primitivos, la adoración de las fuerzas de la naturaleza. El sol, la tierra y el caballo constituían los principales dioses ante los cuales se inclinaban. Adoptaron sucesivamente en seguida la mayor parte de las creencias de los pueblos de que se hicieron dueños, juntando esas creencias unas á las otras. Si se los cuenta entre los invasores musulmanes de la India, es porque en el momento en que penetraron en la India venían de hallarse largamente en contacto con pueblos que profesaban el islamismo, persas, afghanos y turcos, y se habían impregnado fuertemente de la civilización árabe, dominante entonces en todo el Oeste del Asia.

Su extrema tolerancia religiosa se avino perfectamente con la de los indos.

Durante toda su dominación se hicieron esfuerzos en la raza conquistadora como en la conquistada para fundir tantas creencias diversas y formar de ella una religión única. Esta fué la obra emprendida por el reformador Nanak, fundador de la secta de los sikhis, por el emperador Akbar mismo y por muchos otros. Todas las tentativas no lograron dar á la India una religión única; pero las multitudes de sectas continuaron viviendo unas al lado de las otras en buena inteligencia.

Veremos, estudiando las religiones modernas de la India, lo que fué del islamismo en esta comarca, y qué transformaciones profundas debió sufrir una religión monoteísta para adaptarse al genio politeísta de los pueblos que la adoptaron. Nos referiremos en este párrafo sólo á las influencias etnográficas resultado de las invasiones musulmanas.

No es posible sostener que estas invasiones hayan dado origen á ninguna raza nueva. Los invasores eran demasiado poco numerosos para no fundirse pronto en la masa de los pueblos vencidos. Ellos mismos eran ya de sangre muy mezclada.

Con su espíritu de conciliación y de tolerancia se apresuraron los mogoles á unirse á las poblaciones que encontraron establecidas en la India. Procuraron con avidez los casamientos con las

hijas de los rajputes. Su fisonomía, ya modificada por sus alianzas con los afghanos y los turcos, se transformó pronto completamente. Los retratos de los emperadores mogoles, tales como nos han llegado en gran número de los manuscritos, ofrecen generalmente rasgos más prolongados, más regulares que las caras aplastadas, de nariz chata y gruesos labios de los mogoles propiamente dichos.

Entre los numerosos grupos de mahometanos que subsisten aún en la India y forman un total que pasa de cincuenta millones, es preciso distinguir los que descienden más ó menos de familias musulmanas y los que descienden de indos en otro tiempo convertidos.

Los primeros, en mucho los menos numerosos, se acercan más ó menos al tipo turco. Forman una clase turbulenta y miserable, que pasa su vida llorando el tiempo en que eran los dueños del país y esperando el día en que la ley del Profeta triunfe de nuevo.

En cuanto á los musulmanes indos, son mucho más numerosos y difieren poco, por el tipo y por las costumbres, de sus hermanos brahmánicos.

Para resumir en algunas líneas lo que precede, puede decirse que si la influencia etnográfica de los musulmanes en la India fué débil, su influencia intelectual fué, por lo contrario, considerable. En los monumentos y las obras artísticas fué pujante; en la religión y la lengua se deja todavía sentir. Se deduce tal aserto claramente, no sólo de este capítulo, sino sobre todo de los que consagraremos á los monumentos, á las religiones y á las lenguas de la India.

2.º — LA CIVILIZACIÓN MUSULMANA EN LA INDIA

Hemos resumido en nuestro capítulo de la historia de la India los principales hechos históricos relativos á los reinos musulmanes de esta comarca. Recordemos solamente que sobre los setecientos años de la dominación mahometana, el imperio mo-

gol, el único generalmente de que hablan los libros, no duró sino dos siglos. Durante una parte de esos dos siglos varios reinos musulmanes del Dekkán continuaron subsistentes. Sólo durante algunos años, y precisamente en la víspera de la caída del imperio mogol, se reunió la totalidad de la India bajo la ley de un soberano mogol.

Trazar aquí la historia de la civilización musulmana en la India sería rehacer la historia de la civilización árabe, á cuyo estudio hemos ya consagrado un volumen. Los musulmanes de la India no hicieron sino llevar á la península la civilización de los árabes, más ó menos modificada por su paso á través de la Persia. Transformóla todavía su mezcla, en grados diversos según las leyes y los tiempos, con la de los pueblos invadidos.

Las instituciones políticas que los musulmanes aportaron fueron igualmente las de los antiguos reinos árabes. Poseían esas instituciones las cualidades que habían asegurado la prosperidad de esos reinos, y de igual modo los defectos que habían producido su decadencia. Todos los Estados musulmanes en la India y en otras partes fueron siempre monarquías absolutas, en las cuales el soberano reunía en sus manos todos los poderes religiosos, militares y civiles; poderes delegados á gobernadores sin garantía, que procuraban pronto hacerse independientes y fundar á su vez otros reinos. Todas esas grandes monarquías absolutas en que todos los poderes están reunidos en una sola mano se adaptan perfectamente á las necesidades de poblaciones bárbaras y ofrecen una pujanza formidable para conquistar; pero no pueden sostenerse sino á condición de estar dirigidas por hombres superiores. Mientras los tuvo el imperio mogol á su cabeza, alcanzó un alto grado de prosperidad. Cayó en seguida que le faltaron. Raros en todas partes los hombres superiores, el destino fatal de esos grandes imperios orientales fué siempre mantener una existencia efímera.

Con la civilización de los árabes, aportaron los musulmanes á la India un gusto depurado por las ciencias, las letras y las artes. Los monumentos de sus antiguas capitales, Ahmedabad,

Gor, Delhi, Bijapur, etc., prueban con cuánta atención protegían las artes. Las biografías de los soberanos musulmanes nos los presentan estimulando igualmente las letras y las ciencias y cultivándolas ellos mismos, no solamente en las grandes ciudades, sino aun en los reinos de poca importancia. Así, por ejemplo, al comienzo del siglo xv, Firuz Shah, rey del pequeño reino de Golconda, á pesar de las guerras que tenía que sostener contra el imperio de Bijanagar, cultivaba la botánica, la geometría, la poesía y no se rodeaba más que de sabios, de poetas y de historiadores.

Los soberanos mogoles siguieron sus tradiciones, comunes á todos los imperios musulmanes de Europa, de Asia y de África, según hemos demostrado en obra anterior.

No pudiendo volver á relatar la historia de las diversas civilizaciones musulmanas en la India, nos limitaremos á trazar el cuadro sumario de la que más ha brillado, es decir, de la de los mogoles. Los relatos de sus historiadores, y los de los europeos que visitaron la India durante su reinado, nos permiten darnos perfecta cuenta de su administración y de la organización de su imperio. Los monumentos que nos han dejado permiten juzgar el estado de las artes durante su dominación.

El imperio mogol de la India comienza cuando Baber se apodera, en 1526, de Agra, gobernada entonces por un príncipe afgano de la dinastía de los Lodi. Murió soberano del Indostán y de Kabul. Su hijo Humayún hubo de sostener muchas luchas para mantener su imperio. Hasta el tercer emperador, Akbar, que ascendió al trono en 1556 y reinó cincuenta años, no alcanzó su apogeo la pujanza mogol. Este príncipe, una de las más grandes figuras de la historia, trató de igual modo á los indos y á los musulmanes, favoreció los matrimonios entre los dos pueblos, dando él mismo el ejemplo en sus uniones, y si no triunfó en su tentativa de fundir las dos religiones, consiguió al menos combinar las arquitecturas de los pueblos sometidos á su ley. Extendió sus conquistas y administró muy sabiamente, según puede verse por la gran obra que publicó por su orden su

visir Abul Fazl. Hizo medir el territorio y estimar la superficie y la calidad del suelo de cada provincia, y basó el impuesto sobre su producción: un tercio sólo de los productos debía rentar al Estado, lo demás pertenecía al cultivador. Abolió muchas gabelas y pagó á sus oficiales en dinero en vez de asignarles territorios.

Bajo sus sucesores, Jehangir, Shah Jehán y Orengezb, el imperio siguió prosperando; pero la intolerancia del último y sus guerras contra los reinos musulmanes del Dekkán prepararon la caída del poderío mogol; y cuando Orengezb murió en 1707, la India, como hemos visto en un capítulo anterior, cayó en una profunda anarquía.

El nombre de Gran Mogol ha quedado sinónimo en Europa de poderío absoluto y de fausto deslumbrador.

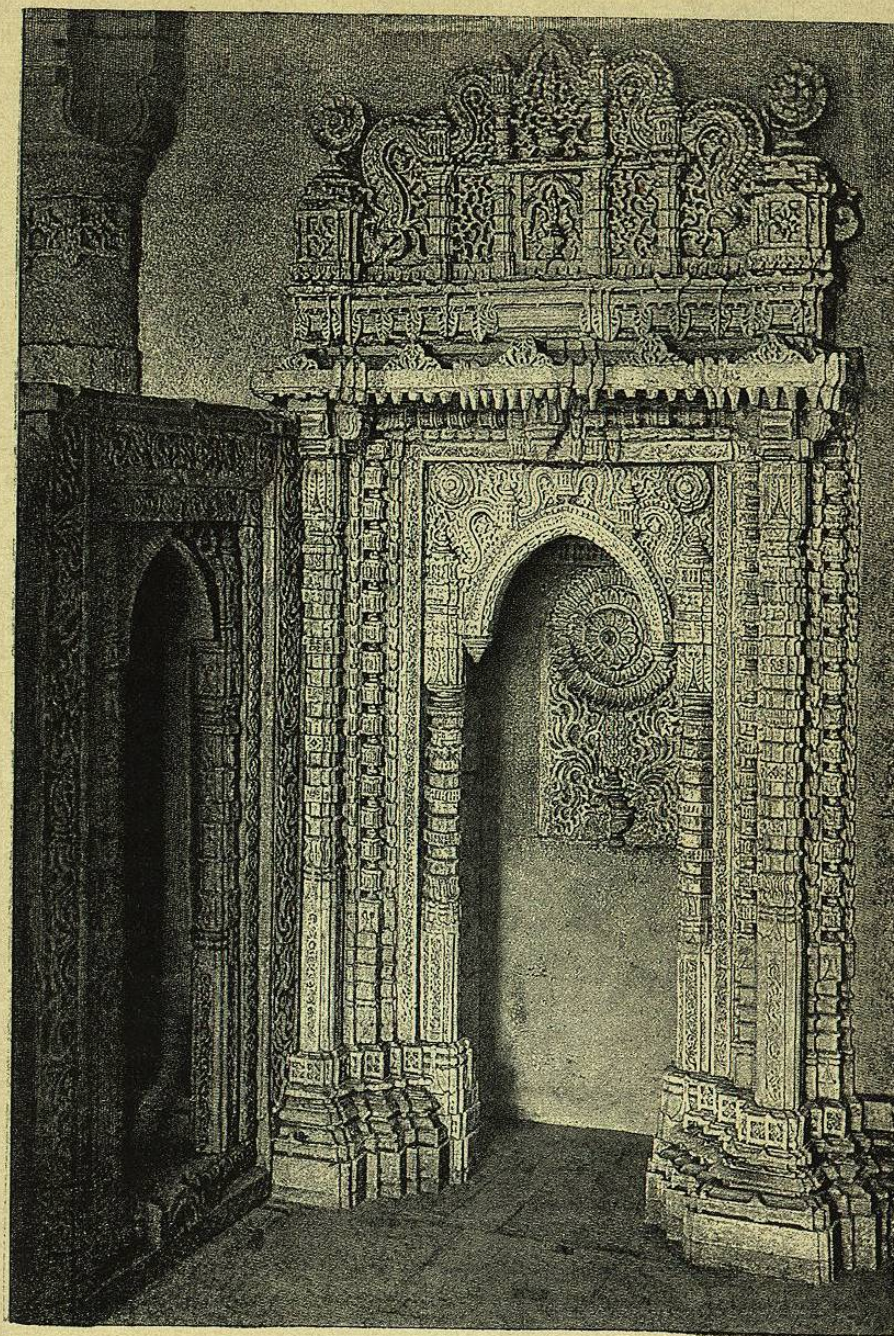
Esta apreciación está perfectamente fundada.

El poder del emperador mogol era absoluto y lo aprovechaba para hacer afluir á su corte los tesoros de todas clases de un país entonces extremadamente rico y derrocharlos en seguida en magnificencias jamás superadas.

Tenía el soberano á su lado ministros á que estaba obligado á consultar en todos los asuntos importantes. En realidad su capricho era única ley del imperio. Los poderes civiles, militares y religiosos estaban, como en todos los soberanos musulmanes, reunidos en su mano. Era la sombra viviente y temible de Dios sobre la tierra, el todopoderoso representante de Alá.

Sus ministros, los administradores de sus provincias, sus jefes de ejército, en una palabra, todos los omrahs ó grandes señores mogoles eran sus criaturas, que elevaba ó hundía con una palabra.

No existía aristocracia mogol hereditaria. Los títulos y los bienes eran distribuidos á gusto del emperador, que los quitaba á voluntad y que los heredaba cuando aquel que los había recibido moría. Un hombre que había gozado del favor del soberano, que había disfrutado las rentas de provincias enteras, que había ejercido el derecho de vida y muerte y que había vivido



AHMEDABAD. — Mirab en mármol de la mezquita de Moafiz-Khan
(La altura total de la parte esculpida es de cerca de 3 metros.)

en la opulencia, dejaba su esposa y sus hijos en una miseria absoluta. Todo lo que por ellos podía hacer era ponerlos en la calle mientras vivía y atraer sobre ellos la generosidad del emperador, que á veces continuaba respecto de ellos el favor dispensado al padre ó al menos les señalaba una modesta pensión.

El emperador mogol vivía muy en público, y si despojaba frecuentemente á sus súbditos, al menos no les regateaba el placer de verle y les ofrecía una representación casi continua.

Por la mañana aparecía en su balcón y se dejaba contemplar y aclamar por la muchedumbre. La aparición en el balcón todas las mañanas no se suprimía sino en caso de enfermedad grave del soberano. Reaparecía sobre la misma terraza al mediodía para presenciar combates de elefantes y diferentes ejercicios militares ó de otra clase que se verificaban en la plaza del palacio.

A la tarde celebraba el *darbar*, especie de recepción en que el emperador estaba obligado á escuchar á todos los que tenían algo que decirle. En realidad era bastante difícil acercársele; dos ó tres gradas, rodeadas de balaustradas doradas y llenas de señores y guardias vestidos con vistosos uniformes, separaban la multitud del trono imperial. Pero el espectáculo de esta magnífica asamblea y del monarca, cuya fisonomía parecía casi sobrenatural con el centelleo de las pedrerías, bastaba al pueblo y le hacía olvidar el precio á que pagaba un momento de deslumbramiento y de entusiasmo mezclado con un respeto rayano en espanto.

En el imperio mogol, como por lo demás en la mayor parte de los reinos musulmanes, todas las riquezas artísticas estaban concentradas en la capital. Oprimidas por gobernadores ávidos, las provincias vivían en un estado bastante miserable y se sublevaban con frecuencia.

El emperador Jehangir, hijo de Akbar, escribe en sus memorias:

«En Delhi supe que una rebelión estalló en Kanudje. Envié fuerzas para sofocarla. Treinta mil rebeldes fueron muertos,

diez mil cabezas enviadas á Delhi; diez mil cuerpos colgados por la cabeza en las ramas inferiores de los árboles de muchas grandes calles. A pesar de las frecuentes matanzas, las revueltas se renovaban constantemente en el Indostán. No hay una provincia del imperio en la cual no haya sido muerto durante mi reinado ó el de mi padre un medio millón de personas.»

La necesidad en que se encontraban los emperadores de conocer en todo momento lo que pasaba en las provincias, les hizo organizar un sistema de correos que funcionaba con rapidez y con regularidad y que continúa funcionando aún en muchos puntos.

Los factores eran corredores á pie que se relevaban de trecho en trecho á todo lo largo de las principales vías; el borde de los caminos difíciles estaba indicado por piedras blancas visibles de noche, á fin de evitar toda equivocación á los corredores.

El estado de las vías parece que era excelente bajo los mogoles. Tavernier, que viajó por la India hacia la mitad del siglo xvii, pretende que los caminos estaban allí mejor conservados que en Francia ó en Italia. Se hacía uno transportar de un lugar al otro, sea en un palanquín llevado por dos corredores ágiles, sea en un carro tirado por bueyes. Estos antiguos y pesados medios de transporte son aún los únicos usados actualmente en las diferentes regiones en que no se han establecido todavía los caminos de hierro, es decir, en la mayor parte de la India.

La seguridad de los viajeros estaba garantida por escoltas de soldados, responsables cerca de sus capitanes de todo accidente ocurrido á aquellos á quienes acompañaban. Los hombres que habían cuidado ó defendido mal á un viajero no eran recomendados más como guardias por su jefe y perdían por esto mismo su empleo.

El buen estado de las vías y la facilidad de las comunicaciones se encontraban sobre todo en el Norte de la península. El Dekán, más alejado del centro del imperio y jamás sometido á él por completo, no estuvo nunca tan bien dividido.